

Cuánto más admirable es el amor y el celo de la religión de los japoneses, cuánto más interior su deseo de alcanzar la fe, pues han emprendido un viaje con el cual apenas se puede comparar el de aquel filósofo! Mas en Roma hallaron a Gregorio XIII en la Silla de San Pedro, el cual no enseña ciencia mundana, sino celestial.

En el decurso ulterior de su oración Gonsalves alabó el celo de la religión de los príncipes japoneses que habían enviado la embajada, para terminar luego con un elogio del Papa. Un príncipe ideal con lo que mejor puede compararse, es con el sol; está en medio del cielo y alumbra con sus rayos no sólo lo que más de cerca le rodea, sino también los últimos términos del orbe de la tierra. Así también la liberalidad y el celo religioso de Gregorio XIII no se limita a Roma, a Alemania, Bohemia, Hungría, Polonia, Siria, Grecia, y Esclavonia, sino se extiende por decirlo así más allá de la órbita solar hasta la remota tierra de los japoneses. Tan pronto como ha advertido el Papa, que la fe cristiana estaba allí establecida, con la persuasión de que sólo entonces le quedaba asegurado un notable progreso, cuando algunos naturales del país fuesen formados para sacerdotes, no ha perdonado gastos a fin de fundar algunos colegios para jóvenes estudiantes. Por efecto de ello es de esperar que el cristianismo hará tales progresos por el trabajo de los alumnos de estos establecimientos y por medio de los miembros de la Compañía de Jesús, que apenas se podrán contar los cristianos del Japón.

A este discurso contestó en nombre del Papa Antonio Boccapaduli. Dijo que los príncipes japoneses habían hecho bien en enviar una embajada a la Santa Sede, pues no había en la tierra más que una fe, una Iglesia universal, una Cabeza y un Pastor: el sucesor de Pedro y obispo de Roma. Que de buena gana aceptaba éste la obediencia de los príncipes del Japón, y rogaba al cielo, que siguiendo su ejemplo los reyes y príncipes de todo el mundo renunciases a la idolatría y a los errores, y conociesen al verdadero Dios y a quien El ha enviado, Jesucristo, en el cual está la vida eterna.

Después que los embajadores hubieron de nuevo mostrado al Papa su veneración, acompañaronle a sus habitaciones. Luego asistieron a un banquete dado por el cardenal Boncompagni, en el cual se hallaron también el cardenal Guastavillani y el duque de Sora. Al fin tuvieron todavía una audiencia privada con el Papa,

en la cual el jesuita Juan Pedro Maffei sirvió de intérprete. En una audiencia posterior presentaron sus regalos, entre ellos un precioso escritorio de ébano, y un cuadro que representaba una ciudad japonesa, el cual fué incorporado a las colecciones del Vaticano.

En el tiempo siguiente Gregorio XIII colmó a los embajadores de atenciones. Pagó los gastos de su estancia, les envió pescados exquisitos, pues era cuaresma, y mandó que sus médicos atendiesen al enfermo Julián Nacaura; en lo cual mostró tanto interés como si Nacaura fuese su propio hijo. Para los colegios del Japón destinó cuatro mil escudos anuales durante veinte años. Cuando los embajadores en la fiesta de la Anunciación de Nuestra Señora fueron a la iglesia de la Minerva, se les señaló como a príncipes reales un sitio delante del margrave de Baden. Como su extraño traje japonés llamaba demasiado la atención del pueblo romano inclinado a la burla, el Papa les envió vestidos europeos con un regalo de mil escudos. Con estos vestidos se presentaron el 29 de marzo en San Pedro para ganar la indulgencia plenaria concedida (1).

También los cardenales y los embajadores cerca de la curia tributaron los mayores honores a los huéspedes extranjeros. En oposición a los anteriores embajadores de Rusia, los japoneses se portaron de un modo sumamente cortés, urbano y modesto (2). Los cuatro sabían bien el portugués y asimismo el latín, español e italiano; no obstante con las personas extrañas se comunicaban siempre por medio de un intérprete. Causó agradable impresión su templanza en el comer (vino no lo bebían por lo general), su penetrante inteligencia, su prudente reserva y la facilidad con que se asimilaron muy presto a los usos occidentales de cortesía. La manera como profesaban el cristianismo, era en extremo edificativa. Con grandísima reverencia y devoción asistían diariamente a la santa misa y recibían cada ocho días los santos sacramentos. Los jesuitas cuidaban de que no se les ofreciese a la vista nada que pudiera escandalizarlos, y después de la vuelta a su patria perjudicar a la misión.

(1) Cf. la *relación de C. Capilupi, de 30 de marzo de 1585, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Las relaciones que sobre esto hicieron los jesuitas, son confirmadas por otras fuentes; v. Arch. Véneto, 1877, II, 153.

Refiérese que Gregorio XIII, después del recibimiento de los embajadores japoneses en el consistorio, repetía con lágrimas en los ojos las palabras del santo anciano Simeón: «Ahora dejas a tu siervo en paz». El presentimiento no engañó al anciano Papa: esta embajada debía ser su último gozo (1); todavía estaba ella en Roma, cuando el supremo jerarca de la Iglesia partió de esta vida el 10 de abril de 1585. Denota bien la modestia del Papa el que cuando los romanos y los embajadores de las potencias extranjeras le dieron la enhorabuena por la reducción de tantos japoneses a la Iglesia, hiciese observar rehusando los parabienes, que todo el mérito de este triunfo pertenecía a la Compañía de Jesús (2).

II

Las esperanzas de los Papas del siglo XIV de ganar para la religión del Crucificado la *China*, el imperio del centro, como los chinos llamaban a su país (3), habían quedado sepultadas en el tiempo intranquilo de la caída de la soberanía de los mogoles y del advenimiento al trono de la dinastía nacional de los Ming, hostil a los extranjeros. Todas las huellas de la misión de los franciscanos, entre los cuales se había señalado especialmente el Padre Juan de Montecorvino, nombrado por Clemente V arzobispo de Cambaluk (Pekín), se habían perdido en el siglo XV por el completo cierre de las fronteras chinas. El primero que con su amor universal volvió a pensar en el mayor y más célebre imperio del Oriente, fué el apóstol de las Indias, San Francisco Javier. Resuelto a sacrificar su vida por tan grande obra, este varón heroico había exhalado su noble alma en 1552 en la solitaria isla de Sanchoán a vista de la tierra anhelada (4). Pero su espíritu de sacrificio continuaba viviendo entre sus hermanos de religión. Durante los treinta años siguientes hicieron éstos con prodigiosa tenacidad tentativa sobre tentativa para penetrar en la China rigurosamente cerrada, sin otro resultado ciertamente que el de tenerse que retirar tras breve permanencia en ella. Así el provin-

(1) Cf. Santori, Autobiografía, XIII, 163. Sobre un soneto a los embajadores japoneses dirigido a Gregorio XIII, v. Arch. Rom., VII, 522.

(2) V. la *carta de C. Capilupi, fechada en Roma a 30 de marzo de 1585, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Cf. nuestros datos del vol. I y la bibliografía especial allí anotada.

(4) Cf. nuestros datos del vol. XIII.

cial de la India Melchor Núñez Barreto, en su viaje al Japón en el verano de 1555, llegó es verdad dos veces a Cantón, capital de la provincia de Kwangtung, pero no pudo quedarse allí más de cuatro semanas. No le fué mejor al año siguiente al dominico Gaspar de Cruz. El jesuita Francisco Pérez, que en 1565 llegó a Cantón con mercaderes portugueses, solicitó inútilmente del mandarín de la ciudad permiso para permanecer allí. Una tentativa para penetrar en la China, emprendida enteramente por cuenta propia en 1568 por el jesuita Juan Bautista Ribera, salió frustrada, así como siete años más tarde el viaje de misión de Cristóbal de Acosta (1).

En tiempo de Gregorio XIII otros religiosos pensaron conseguir lo que los jesuitas no habían logrado. En 1575 se dirigieron a la China desde las Filipinas dos agustinos; en 1579 tres franciscanos españoles y uno italiano, igualmente desde las Filipinas; pero unos y otros hubieron de salir presto del país (2).

No se efectuó una mudanza en mejor hasta que el genial jesuita Alejandro Valignani puso mano en este negocio. No sólo en el Japón se mostró que el perspicaz general de la Orden, Everardo Mercuriano, había conocido en él al hombre a propósito para dar nuevo impulso a las misiones del Oriente (3). Valignani había pedido modestamente sólo el permiso para trabajar como simple misionero; el general no obstante en agosto de 1573 le nombró visitador de toda la India y le dió escogidos auxiliares (4).

En marzo de 1574 Valignani se embarcó en Lisboa y se encaminó primeramente a Goa, capital de la India portuguesa. Después que hubo allí arreglado los negocios más urgentes de aquella misión, en 1577 emprendió la navegación al Japón, en la cual hubo de detenerse seis meses en la residencia portuguesa de Macao,

(1) Cf. Bártoli, Cina, I, c. 145 y 148; Brucker, M. Ricci, en los Etudes, CXXIV (1910), 189 s.

(2) V. J. González de Mendoça, Historia de las cosas mas notables, ritos y costumbres del gran Regno de la China, Madrid, 1586. Cf. Marcellino de Civezza, Saggio di bibliografia Sanfrancescana, 453 s.; Orbis Seraph., II, 786 s.; La Palestina e le rimanenti Missioni Francescane in tutta la terra. Cronaca compilata dai padri Marcellino da Civezza e Teofilo Domenichelli in varie lingue, I, Roma, 1890, 56 s., 120 s., 182 s., 248 s., 312 s., 374 s., 495. Ibid., 401 s., está la relación de Fr. Pablo de Jesús a Gregorio XIII.

(3) Cf. arriba, p. 350.

(4) V. Sacchini, IV, 11, 55 s.

para esperar viento favorable con que proseguir el viaje. Durante su larga permanencia en la residencia de la Compañía de Jesús, que existía en Macao desde 1565, Valignani se informó muy en particular del gran imperio asiático, tan poco conocido del Occidente. Tratando con mercaderes portugueses y con los chinos que iban a Macao, vió cada vez más claramente qué conquistas podía hacer allí el cristianismo, y también qué dificultades se oponían a semejante empresa. Con todo ningún obstáculo podía arredrar a su celo apostólico. Su prudente y penetrativa inteligencia conoció que los misioneros cristianos debían estar apercebidos de otra suerte que hasta entonces, si habían de alcanzarse grandes éxitos. Ante todo los misioneros ya no debían verse obligados, como hasta entonces, a servirse de intérpretes, las más de las veces muy inseguros, y junto con el conocimiento de la lengua china, pareció indispensablemente necesario, que en cuanto fuese posible se acomodasen a las costumbres y usos del pueblo entre el que querían trabajar (1).

A fin de que se preparase metódicamente para la misión de la China, llamó Valignani a Miguel Ruggeri, venido a la India en 1578, el cual había aprendido con gran facilidad la difícil lengua de los habitantes de la costa de la Pesquería. Cuando éste llegó a Macao en junio de 1579, halló una extensa instrucción dejada por Valignani, que se había ya encaminado al Japón, sobre cómo se debía preparar para su espinosa incumbencia. Ruggeri se puso a la obra con ardor y compuso ante todo un catecismo chino (2); pero hubo de luchar por espacio de tres años hasta que logró establecerse en la China.

El 9 de marzo de 1582 Valignani había ido de nuevo a Macao con la embajada de los príncipes cristianos del sur del Japón que se enviaba a Roma (3). Según una tradición solía allí con frecuencia estar en pie junto a la ventana de su casa para mirar a la otra parte del mar, suspirando por la tierra a la que era su mayor deseo procurar los beneficios del cristianismo. En la ciudad misma reunió a los chinos pobres que trabajaban aquí como esclavos, en una

(1) Brucker, loco cit., 193 s.

(2) Este trabajo publicado en 1584, fué el primer libro impreso por un europeo en lengua china; cf. Bártoli, Cina, I, 1, y la carta de Ricci, de 24 de noviembre de 1585, en Civ. catt., 1902, I, 220.

(3) Cf. arriba, p. 351.

congregación del nombre de Jesús. Para promover la misión propiamente dicha llamó a Mateo Ricci, que llegó el 9 de agosto de 1582, al hombre que debía lograr lo hasta entonces imposible. En septiembre de 1583 Ricci con su fiel compañero Miguel Ruggeri fué a Chao-king, en la provincia de Kwangtung, y procedió con grandísima prudencia y cautela. Declaró al gobernador, que atraído por la buena fama del gobierno chino había venido de remotas tierras a este país sólo para servir a Dios, Señor del cielo, en una casita y una pequeña iglesia; que él y su compañero vivirían de limosna; que le pedían permiso para poder morar en la ciudad. La modesta petición fué otorgada.

Mateo Ricci (1), a quien la Providencia había destinado para ejecutar la obra anhelada por San Francisco Javier, nació en 1552 en Macerata en la Marca de Ancona. Procedía de una familia ilustre. Educado en el colegio de los jesuitas de su ciudad natal, estudió en Roma primero jurisprudencia, pero luego en 1571 entró en la Compañía de Jesús, donde Fabio de Fabi fué su maestro de novicios. No mucho menos que a este esclarecido varón, debió a otro de sus maestros, el célebre Cristóbal Clavio. Este le enseñó los conocimientos de matemáticas y astronomía, que junto con su

(1) Además de las antiguas biografías de d'Orléans (París, 1854), Ch. Sainte-Foi (París, 1859), Werfer (2.ª edición, Ratisbona 1870), cf. la excelente exposición de Brucker en los *Etudes*, CXXIV (1910), 197 s. Quien ha prestado los mayores servicios al enaltecimiento de la memoria de Ricci, ha sido Tacchi-Venturi, quien por encargo de la Junta italiana para la celebración del tercer centenario de la muerte del «apostol y geógrafo de China» ha emprendido la edición de los escritos históricos de Ricci: *Opere storiche di M. Ricci... Con prolegomeni, note e tavole*. Vol. I: *I Commentarii della Cina*; II: *Le lettere dalla Cina*, Macerata, 1911-1913. Sobre el valor de las cartas, en que las cualidades heroicas de Ricci están mejor expresadas que en los comentarios, cf. *Civ. catt.*, 1914, IV, 215 s., y la hermosa disertación de A. Luzio: *Le opere storiche del P. Ricci*, dada a luz en la revista *La Lettura*, XV (1915), 209 s., en la cual se alaba la publicación de Tacchi como un *Monumentum aere perennius*. Fuera de eso, cf. L. Nocentini, *Il primo Sinologo*, en los *Atti del IV Congresso internaz. degli. Orient.*, II, Firenze, 1881, 273 ss.; Caracci, *Il P. M. Ricci e la sua opera geograf.*, en la *Riv. geogr. Ital.*, XXV y XXVI (1918 y 1919); Ricci-Riccardi, *Il p. M. Ricci (1578-1619)*, Firenze, 1910; Vacca en la *Nuova Antologia*, 1910, septiembre. Richthofen (*China*, I, Berlín, 1877, 654) designa a Ricci como una de las más eminentes lumbreras en la historia de las misiones orientales. Se la *Compagnia di Gesù*, dice Luzio (loco cit., 217), *annoverà il P. Ricci fra le figure più immacolate delle sue missioni, la civiltà e la scienza devono in esso additare una delle creature sovrane che le hanno più nobilmente propagate con le virtù dell'ingegno e del carattere, con l'idealità degli intenti, con l'eroismo dei sacrifici*.